

# LA DECORACIÓN ARQUITECTÓNICA EN EL SURESTE HISPANO DURANTE LA ANTIGÜEDAD TARDÍA. LA BASÍLICA DE ALGEZARES (MURCIA)

S. F. Ramallo Asensio

J. Vizcaíno Sánchez

*Universidad de Murcia. Área de Arqueología*

J. M. García Vidal

*Consejería de Educación y Cultura de la Comunidad Autónoma de la Región de Murcia*

## RESUMEN

En este artículo se analiza el programa decorativo de la basílica de Algezares, enclavada en el extremo sudo-oriental de la provincia *Carthaginensis*. A este respecto, insistimos en las particularidades que el mismo encierra en el panorama de la escultura decorativa de la Antigüedad Tardía, no sólo frente a focos como el emeritense, sino incluso dentro de su mismo entorno geográfico, en virtud de los materiales empleados, módulo de los mismos y motivos representados. De forma especial, nos detenemos en estos últimos, comentando los elementos de continuidad y ruptura, y, considerando toda una serie de paralelos, avanzamos nuevos datos acerca de la controvertida datación del conjunto.

## SUMMARY

PENDIENTE

PALABRAS CLAVE: Basílica, Algezares, *Carthaginensis*, escultura decorativa, Antigüedad Tardía.  
KEYWORDS: PENDIENTE.

## 1. INTRODUCCIÓN

A pesar de que la importancia del foco artístico del sureste se ha visto eclipsada por la mayor abundancia de piezas de otros conjuntos, como el emeritense, toledano o cordobés, los nuevos hallazgos del Tolmo de Minateda, *Begastri* o Cerro de La Almagra, unidos a los de La Alcudía, El Monastil o Algezares, nos obligan a subrayar su vigor durante

esta etapa tardoantigua. Entre ellos, los restos procedentes del último de estos yacimientos, la basílica de Algezares, ocupan un lugar especial por su acusada personalidad. En efecto, aunque es cierto que en todos ellos se advierte una familiaridad que nos hace considerar la acción de un posible taller o talleres del sureste, en Algezares se dan cita toda una serie de rasgos que lo hacen singular en este marco, dentro de una excepcionalidad también ex-

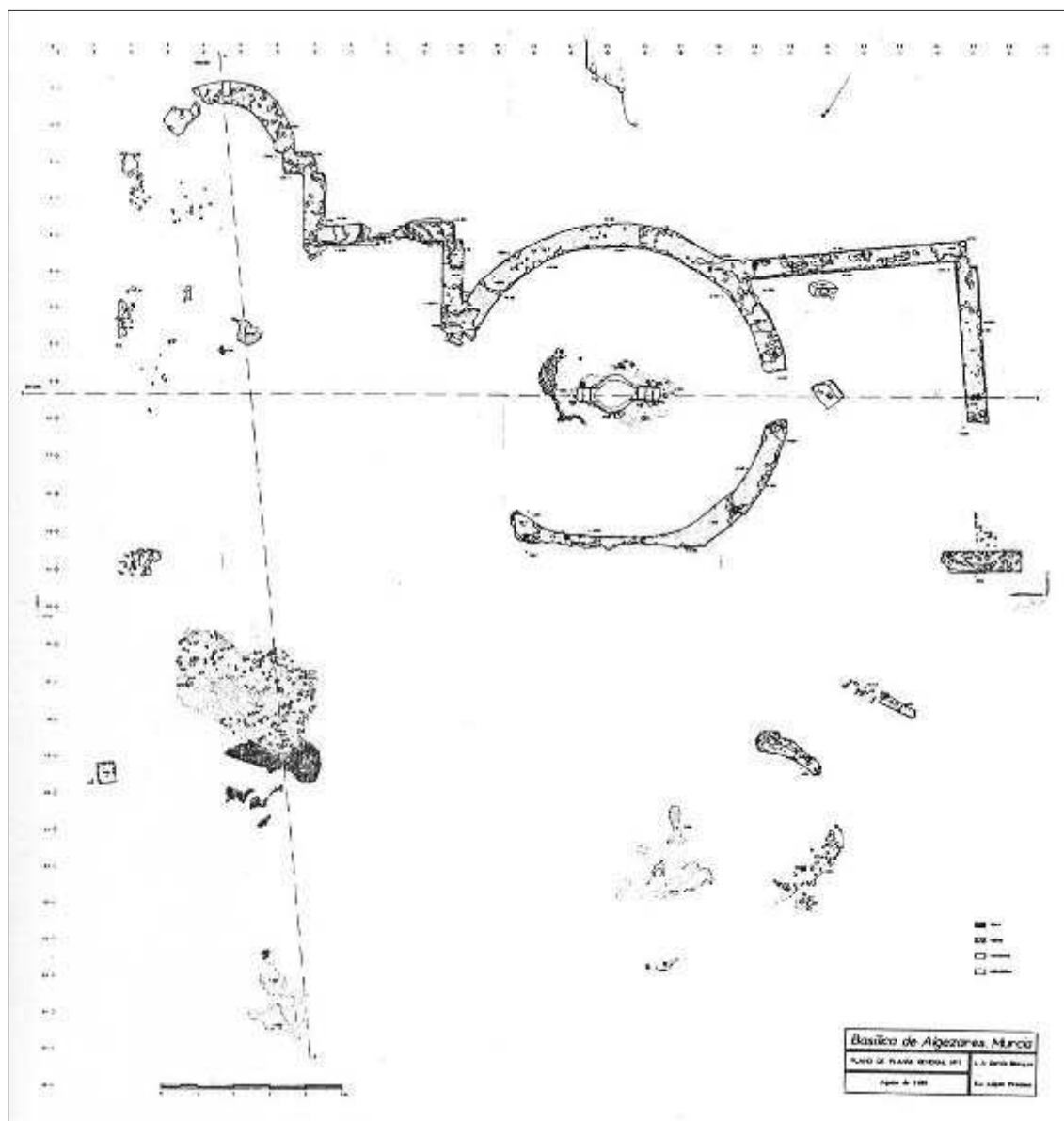


Fig. 1. Planta de la basílica (Ramallo Asensio, 1991).

tensible a otros aspectos de este edificio basilical, como su planteamiento icnográfico, y que, sin duda, lo convierten en un hito clave dentro de la edilicia tardoantigua de tipo cristiano desarrollada en *Hispania*.

No obstante, y a este respecto, pese a su relativamente temprana excavación por parte de Cayetano de Mergelina<sup>1</sup> y su inclusión en las obras de

síntesis que desde esa fecha se han ocupado del período, apenas ha sido objeto de una atención específica, quedando así toda una serie de cuestiones pendientes, que, a la luz de los nuevos avances de la investigación, será necesario acometer. En este sentido, ni siquiera la misma interpretación y orientación del edificio se han librado de discusión, de tal forma que, si bien la mayoría de autores han aceptado y reproducido la planta y descripción de su excavador (que la definía como una basílica de

<sup>1</sup> Mergelina, C., 1940, pp. 5-32.

tres naves, ábside, y posible pórtico, con baptisterio semicircular y piscina central de ocho peldaños, adosado a ella), E. Llobregat propuso un cambio total en la orientación y disposición del edificio, más acorde con la liturgia antigua, determinando una basílica de tres naves separadas por columnas, pero con transepto acabado en ábsides<sup>2</sup>. Igualmente, otros estudios, si bien no han llegado tan lejos, sí han matizado los datos de Mergelina, como el de V. de Mergelina y M.<sup>a</sup> C. Sánchez Rojas, que incluía una nueva planimetría y alzado de A. Vera Botí, donde se señalaban notables divergencias respecto a la forma del baptisterio, construcción anexa y restos de edificación situados al Noreste del conjunto<sup>3</sup>. Posteriormente, trabajos de limpieza y documentación permitieron levantar una nueva planimetría que matizaba algunos aspectos, tales como la planta de la piscina bautismal, casi octogonal y no circular como se había considerado (Fig. 1)<sup>4</sup>. Por lo demás, H. Schlunk aportó paralelos para el edificio e indicó una relación con el mundo africano<sup>5</sup> en la que autores como Palol (quien la incluye dentro del conjunto de “construcciones de transición a las estructuras hispanovisigodas del siglo VII”<sup>6</sup>), volverían a insistir, de modo similar a como harán en fechas más recientes J. Fontaine<sup>7</sup> o el mismo Schlunk junto con Hauschild<sup>8</sup>. Finalmente, S. Gutiérrez Lloret también se ha ocupado del edificio y muy especialmente de la fase islámica, de la cual, estudiando el material fechado entre finales del siglo IX y la primera mitad del siglo X, destaca el predominio de candiles y, a partir de éste, la posibilidad de un nuevo uso religioso para su espacio<sup>9</sup>.

Lo cierto es que la basílica ha dado pie también a otras discusiones, tales como la localización de la sede *Elotana* y la ciudad de *Iyi(h)* que autores como Gómez-Moreno<sup>10</sup> o Pocklington<sup>11</sup> han propuesto situar aquí, nutriendo una polémica en la que, junto a la tradicional apuesta por El Monastil, cada vez ha ido tomando más peso la identificación con el actual Tolmo de Minateda, la antigua *Ilunum*.

En cualquier caso, los estudios sobre la basílica se han reiniciado con una catalogación y estudio de los restos ornamentales<sup>12</sup>, trabajo que continúa en la actualidad<sup>13</sup>, y con una prospección<sup>14</sup> que ha prologado los trabajos de excavación en curso en el momento de redactar estas líneas<sup>15</sup>.

## 2. EL CONJUNTO DECORATIVO DE LA BASÍLICA DE ALGEZARES

Contrasta el deficiente estado de conservación del edificio, que no comprende la totalidad de su planta, y tan sólo un mínimo alzado de sus estructuras, con el número de piezas de su programa de decoración arquitectónica que ha sido posible recuperar y el relativo buen estado en el que se encuentran la mayoría de éstas. A este respecto, cabe apuntar la divergencia entre la modestia constructiva de la basílica, que no de su icnografía, en lo relativo a materiales y técnicas empleadas en su alzado (en gran parte responsables de su deterioro) y la atención prestada a la ornamentación, tanto por el número de piezas que la integran como por su misma concepción que, a pesar de plasmarse en materiales de poca calidad y ser objeto de un trabajo no esmerado en la resolución técnica, revelan un gusto barroquizante en la profusión de motivos empleados y en la extensión de los mismos a la práctica totalidad del soporte. En este sentido, si bien se trata de unas pautas en buena parte compartidas por los materiales de otros puntos de este entorno geográfico, en Algezares, como iremos viendo en el presente análisis, parecen haber sido llevadas hasta el extremo.

Es fundamental en la basílica murciana, y en general en el Sureste, el empleo de rocas blandas, frente al uso del mármol en otros focos que apenas se reserva en esta zona para unos pocos elementos muy precisos, tales como las mesas de altar polilobuladas de La Alcudia o El Monastil, ejecutadas en mármol de Paros o del área del Egeo<sup>16</sup>. En este sen-

<sup>2</sup> Llobregat, E., 1985, p. 382.

<sup>3</sup> Mergelina Cano-Manuel, V. de, y Sánchez Rojas, M.<sup>a</sup> C., 1982, pp. 61-69.

<sup>4</sup> Ramallo Asensio, S. F., 1991, pp. 297-307.

<sup>5</sup> Schlunk, H., 1945, pp. 177-204, especialmente pp. 186-187.

<sup>6</sup> Palol, 1967, pp. 186-187.

<sup>7</sup> Fontaine, 1978, pp. 86-87.

<sup>8</sup> Schlunk, H. y Hauschild, Th., 1978, pp. 51-56.

<sup>9</sup> Gutiérrez Lloret, S., 1996, pp. 297-301 y 349.

<sup>10</sup> Gómez-Moreno, 1961-1962.

<sup>11</sup> Pocklington, 1987, pp. 175-198.

<sup>12</sup> García Vidal, M., 2002, pp. 391-402.

<sup>13</sup> Vizcaíno Sánchez, J., 2004, pp. 571-578. De la misma forma, el estudio de la basílica forma parte de la tesis doctoral “Estudio de la presencia bizantina en España a partir de la documentación arqueológica” que, bajo la dirección de S. F. Ramallo Asensio, lleva a cabo J. Vizcaíno Sánchez.

<sup>14</sup> García Vidal, M., 2004, pp. 427-434.

<sup>15</sup> Agradecemos al equipo encabezado por el arqueólogo L. A. García Blánquez la información que nos ha dado acerca de los mismos.

<sup>16</sup> *Vid.* Márquez Villora, J. C. y Poveda Navarro, A. M., 2000a, p. 193, nota 7; e *Idem*, 2000b, p. 180, fig. 4, quienes apuestan por datarla hacia finales del siglo VI d.C.

tido, son escasos los capiteles realizados en este material y, entre los de cronología más tardía, tan sólo pueden destacarse alguno recuperado en Begastri<sup>17</sup> o los dos murcianos procedentes de La Alberca y el Convento de Verónicas, este último de tipo corintizante, quizás cercano temporalmente al período que tratamos, de aceptar la propuesta de datación que lo sitúa entre la segunda mitad del siglo V d. C. y finales del siglo VI d. C.<sup>18</sup>.

A este respecto, esta práctica vino dictada por la disponibilidad de material, razón por la que, cuando éste se encontraba presente, aun ya trabajado, como ocurre en el caso de la basílica del Tolmo de Minateda, se recurre a una activa reutilización<sup>19</sup>. En cambio, en Algezares, a pesar de contar con los materiales de la cercana *villa* de La Alberca de hecho reemplazados en el cementerio asociado al mausoleo de la misma zona, no se recurre a éstos, sino que hay una voluntad expresa de dotar a la basílica de un programa de decoración arquitectónica de nuevo cuño. Para ello, mientras que en la citada basílica del Tolmo de Minateda se emplea la biocalcarenia y la caliza<sup>20</sup>, aquí habrá de utilizarse esta última, que aparece documentada fundamentalmente en dos variantes, micrita recristalizada y caliza detrítica<sup>21</sup>. Se trata de una piedra también empleada en otros conjuntos de la zona, así bajo su variante organógena, en La Alberca<sup>22</sup>. El uso de este tipo de piedra es el primer rasgo diferenciador de nuestras piezas, no en vano la elección determina el resultado, no posibilitando la precisión que otorga el trabajo del mármol.

Al material hemos de unir la técnica, la talla a bisel. Con ésta, a golpe de martillo y cincel, se talla el diseño requerido por medio de surcos de sección en “v”, cortando los bordes oblicuamente en vez de formar aristas en ángulo recto. El resultado es una aproximación pictórica, en tanto que traducción bidimensional (con la consecución de dos planos de talla, el de fondo y el del tema ornamental) basada

en los efectos de claroscuro característicos de los mosaicos de policromía muy reducida del mundo tardoantiguo<sup>23</sup>. Cabe preguntarse si en algún caso dichos efectos podrían matizarse, en el sentido de suavizarlos o en el de remarcarlos, mediante el recubrimiento con estuco. Así, sendos ajimeces de la basílica del Tolmo de Minateda conservan restos de revoco tanto en una de sus caras como en el intradós<sup>24</sup> y otras piezas podrían encontrarse policromadas en colores vivos<sup>25</sup>. No en vano, durante el período tardoantiguo, la decoración de estuco, siempre confinada a un segundo plano respecto a la plástica en mármol, experimenta un gran renacimiento afianzándose en la ornamentación interna de las basílicas, donde, al igual que los tejidos orientales (origen de muchos de sus esquemas), “tapizará” enteras porciones murales, cuando no elementos arquitectónicos varios<sup>26</sup>. Por ahora, no obstante, esta práctica no se documenta en Algezares.

De cualquier forma, todo ello va haciendo que acudamos a una ejecución menos exacta, con frecuencia sumaria, que recurre a una fuerte esquematización. Con todo y aunque resulte paradójico, el otro gran rasgo que caracteriza a esta área sería el mencionado interés hacia lo decorativo, realizando composiciones que se acercan a un *horror vacui*. En efecto, dicha predilección supone que elementos arquitectónicos como fustes o basas se conciben ahora como un entero panel decorativo, destinado a recibir una abigarrada ornamentación. Tal visión decorativa parece traducir en piedra los esquemas compositivos de los mosaicos, no dejando espacios lisos, dentro de un concepto de continuidad decorativa, “sin márgenes”, propia del tejido<sup>27</sup>. Los principales motivos empleados son de índole vegetal y geométrica, no registrándose aquí las figuras animales que aparecen en la Alcudia de Elche y probablemente también en las basílicas de El Monastil y Tolmo de Minateda<sup>28</sup>; pero sí una decoración simbólica, de tipo cristiano, que encontra-

<sup>17</sup> Es así el caso del estudiado por S. Gutiérrez Lloret y J. Sarabia Bautista, en estas mismas páginas, que consta de una única corona de hojas lisas nervadas.

<sup>18</sup> Martínez Rodríguez, A., 1989, n.º 1-2, pp. 189-190, fig. 1-2, lám. 1-2; y n.º 8, pp. 193-194, fig. 5 y lám. 5.

<sup>19</sup> Vid. Sarabia Bautista, J., 2003, especialmente pp. 172-179. De forma amplia, sobre el fenómeno, Caballero Zoreda, L. y Sánchez, J. C., 1990, pp. 431-485.

<sup>20</sup> Sarabia Bautista, J., 2003, p. 153.

<sup>21</sup> Esta última originada a partir de la cementación por erosión, vid. Martínez Rodríguez, A., 1989, pp. 191-192.

<sup>22</sup> Dicha variante se caracteriza por la fijación del carbonato de calcio debida a organismos vivos, cuya presencia se rastrea también a través de restos de conchas cementadas, vid. Martínez Rodríguez, A., 1989, pp. 189-190.

<sup>23</sup> Guardia i Pons, M., 1999, p. 211.

<sup>24</sup> Se trata de las piezas n.º 60.472 y 60.235, vid. Gutiérrez Lloret, S., 2000, p. 112.

<sup>25</sup> Algún fragmento concreto (n.º 141) conserva incluso restos de pintura roja. A este respecto, Sarabia Bautista, J., 2003, pp. 102-110, figs. 21-23.

<sup>26</sup> Sobre este particular, vid. el interesante trabajo de Pasquini, L., 2002.

<sup>27</sup> Caputo, G., 1952, p. 199, y De Angelis D'Ossat y Farioli, R., 1975, p. 102.

<sup>28</sup> Respectivamente, Ramos Folques, A., 1972, pp. 161-171, y Schlunk, H., y Hauschild, T., 1978, p. 167, lám. 63; Póveda Navarro, A. M., 1988, p. 131, fig. 59.ª; Márquez Villora, J. C. y Póveda Navarro, A. M., 2000b, p. 180; y Sarabia Bautista, J., 2003, n.º 128, pp. 99 y 146, fig. 20.

mos al menos en un caso. En este repertorio temático predominan los motivos insertos dentro de una tradición hispanorromana e incluso ibérica que, durante el período romano, se había conservado bajo la forma de corriente popular. Más que de continuidad sería más correcto hablar de recreación, en el sentido de que dichos motivos son ahora reinterpretados en un nuevo hacer dialectal<sup>29</sup>. A éstos se unen tanto una tendencia abstracta de carácter geométrico (que, dentro de la corriente general que recorre el Mediterráneo<sup>30</sup>, es posible vincular a la expresión norteafricana, plasmada también en otros soportes como los ladrillos estampados<sup>31</sup>) como toda una serie de elementos dotados de trasfondo simbólico que integran un arte conceptual, donde la ornamentación no es el fin único<sup>32</sup>.

Igualmente, a todo ello hay que unir en Algezares las peculiaridades morfológicas de cada uno de los elementos arquitectónicos; particularidades en buena parte dictadas por la voluntad decorativa que preside su concepción. De este modo, y como veremos a continuación, tanto los elementos sustentantes, las columnas, con todas sus piezas integrantes (basa, fuste y capitel), como aquellos otros definidos por su función de demarcación litúrgica, las placas de cancel y sus respectivas piezas de ensamblaje (las barroteras), o incluso otras piezas (como las celosías) adquieren en la basílica murciana una morfología más o menos singular, dependiendo de los casos.

## 2.1. Capiteles

Junto a diversos fragmentos de hojas acantizantes, debemos destacar dos capiteles conservados en su integridad, uno de ellos sin labrar, que atestigua

<sup>29</sup> Tomamos las consideraciones realizadas respecto al conjunto escultórico norteafricano de Breviglieri, en tanto pensamos, que son del todo válidas a nuestra problemática. Sobre las piezas de la basílica libia, *vid.* De Angelis D'Ossat y Farioli, R., 1975, pp. 32-156, especialmente p. 82.

<sup>30</sup> En este sentido, hay que destacar que se detecta su presencia en múltiples sitios, desde Palestina hasta la Península Ibérica, pasando por Cerdeña. Incluso, también se registrarán entre las producciones escultóricas de la primera edad árabe, como ocurre con la decoración arquitectónica del castillo omeya (El-Qasr) de Amman en Jordania. En este sentido, *vid.* Casartelli Novelli, S., 1989, pp. 101-112, a propósito del conjunto de piezas de Casa Ruda, Suelli.

<sup>31</sup> Cruz Villalón, M., 2001, p. 173. Igualmente, Février, P. A., 1972, pp. 183-184, destacando sobre todo el sur de Argelia oriental, Numidia y confines de la Byzacena, así como lugares específicos del tipo de Breviglieri, donde dichos motivos, derivados en buena parte de un pasado indígena, se documentan en bases y pilares.

<sup>32</sup> Cruz Villalón, M., 2001, pp. 168-169.



Figs. 2 y 3. Capitel y fragmento de hoja de capitel.

el trabajo de los artesanos a pie de obra. Por cuanto se refiere al otro, el esquematismo y la simplificación de los elementos formativos han sido las pautas seguidas (Fig. 2)<sup>33</sup>. Así, algunos de los elemen-

<sup>33</sup> Se trata del ejemplar n.º 6787, que tiene una altura de 34 cm, con un diámetro creciente, que, partiendo de cerca de 21 cm en la base alcanza en la parte superior 32 cm. Acerca de las pautas de evolución de estos elementos, *vid.* Hauschild, T., 1990, pp. 27-36.

tos tradicionales, como los caulículos o el florón, han desaparecido, en tanto otros, caso del ábaco, algo más visible en otros fragmentos, se ven reducidos a una mínima expresión. También nuestro ejemplar permite observar otros rasgos. A pesar de que las hojas de la parte inferior, cuya flexión separaba su desarrollo del *kalathos*, se encuentran muy deterioradas, las hojas de la siguiente *folia*, que surgen entre los intervalos de aquella, dejan ver una morfología muy característica, de tipo palmiforme. En éstas, de acanto suave o *mollis*, también se aprecia una simplificación que hace que la estructura interna se resuelva mediante gruesa nervadura central, configurada por doble surco de sección en “v” tallado a bisel. De ésta parten, asimismo, otras tres bandas transversales que configuran cuatro pares de lóbulos, sin zonas de sombras u ojos entre ellos. Por el contrario, como apuntábamos, la hoja adquiere un carácter palmiforme, recto y rígido, que lo diferencia de la sinuosidad de la hoja corintia canónica. Esta rigidez tan sólo trata de compensarse a través de la flexión de los lóbulos, intentando crear sensación de naturalismo, motivación que parece también encontrarse detrás de la adición de un motivo oval al ápice de la hoja, como podemos ver en uno de los fragmentos (Fig. 3). Precisamente dichos rasgos permiten diferenciar al menos dos tipos de hojas acantizantes formando parte de otros tantos tipos de capitel, diferencias morfológicas que también tienen su correlato en los materiales utilizados, micrita recristalizada para el primero y calizas detríticas para el resto. Con todo, son tan leves las diferencias que no creemos que supongan implicación cronológica alguna, sino únicamente diversos modos de ejecución, dentro de un mismo taller.

Volviendo al ejemplar conservado en su integridad, tras las hojas de esta *folia* central surgen otras, no ya entre sus intervalos, como ocurría en el tránsito entre la parte inferior y ésta central, sino ahora directamente bajo ellas. Aquí, la rigidez es aún mayor, quedando configurada la morfología de las medias hojas que observamos mediante un estriado continuo, ya sin apenas espacio para los lóbulos. Lamentablemente, la erosión no permite apreciar el remate superior del capitel. No obstante, el hecho de que las hojas del *kalathos* ocupen prácticamente toda la superficie de éste, permite valorar de por sí su evolución y, en concreto, la distancia respecto al tipo canónico corintio donde la doble *folia* de acantos ocupaba aproximadamente la mitad de la altura de éste. En este sentido, los capiteles de la basílica murciana re-

presentan un paso más respecto al alejamiento de estos modelos, ya insinuado en otras piezas regionales del siglo IV y continuado en ejemplares de finales del siglo V y principios del siglo VI, como los capiteles del cercano núcleo de la Alberca<sup>34</sup> donde el naturalismo, patente en las zonas de sombra repartidas entre los lóbulos y en el empleo de las formas curvas, se ve ya considerablemente reducido en las piezas algezañas, de marcada rigidez. Así las cosas, es evidente la pérdida de volumen y plasticidad, aspectos que tratan de equilibrarse a través del rebaje de espacios con la búsqueda de efectistas claroscuros.

Encontramos capiteles similares en la basílica del Tolmo de Minateda, tanto en módulo como en la propia morfología. No obstante, en este caso, se encuentran dotados de unos caulículos de los que salen hélices esquematizadas. Igualmente es posible apreciar la aparición de un tipo de hoja, dotada de sombras a modo de gota entre sus lóbulos, ausente en Algezares. Comoquiera que sea, también en los ejemplares albaceteños, exceptuando las hojas de la *prima folia* donde la introducción de alguna línea curva favorece la impresión de naturalismo, también la rigidez y la geometría aparecen como denominadores comunes, de forma que las hojas presentan una morfología muy similar a las de Algezares<sup>35</sup>. En este sentido, se trata de analogías que fundamentan la existencia de un más que probable taller activo en la zona del sureste, que quizás podría extender su actividad incluso hasta la zona conquense, a juzgar por las similitudes que registra un ejemplar de la basílica segobricense<sup>36</sup>.

Toda esta serie de rasgos motivan, por lo demás, que el ejemplar murciano se aproxime a modelos norteafricanos del tipo de capiteles del grupo de Numidia, en donde también aparecen motivos decorativos como las espirales que en nuestro caso se repetirán en basas o cancelos<sup>37</sup>.

<sup>34</sup> Sobre otros ejemplares del sureste, *vid.* Martínez Rodríguez, 1988, pp. 185-211; acerca de los capiteles del citado paraíso murciano, Martínez Rodríguez, 1989, pp. 189-191.

<sup>35</sup> Conservado de antiguo un ejemplar (Abad Casal, L., Gutiérrez Lloret, S. y Sanz Gamó, R., 1998, fig. 77, p. 109). La excavación del citado edificio ha permitido la documentación de fragmentos varios y algún nuevo ejemplar íntegro, *vid.* Sarabia Bautista, J., 2003, pp. 31-49, especialmente n.º 1, 2, 6 y, en menor medida, 11.

<sup>36</sup> La contribución de S. Gutiérrez Lloret y J. Sarabia Bautista se detiene más en el radio de acción de este posible taller del sureste, por lo que remitimos a su comunicación para encontrar más detalles.

<sup>37</sup> *Vid.* así, Pralong, A., 1984, pp. 445-462; y Domínguez Perela, E., 1987, pp. 174-178, figs. 90-93.

## 2.2. Fustes

En éstos, los cambios son de mayor envergadura, en tanto que si antes era común, salvo excepciones, el simple acanalado, ahora toda la superficie de la pieza se concibe como un único panel decorativo. Parece que su uso puede vincularse a algún tipo de baldaquino que cobijaría la piscina bautismal<sup>38</sup>, sin descartar también otros posibles usos, tal vez a modo de tenante de altar, como recientemente se ha propuesto<sup>39</sup>.

En Algezares, la temática desarrollada permite individualizar cuatro tipos distintos.

El primero de ellos, al que pertenecen dos pequeños fustes con un diámetro de *circa* 35 cm y unas alturas conservadas de 60 y 57 cm, se encuentra caracterizado por su decoración vegetal (Fig. 4). Ésta consiste en la disposición de círculos



Fig. 4. Fuste con decoración vegetal.

<sup>38</sup> Ramallo Asensio, S. F., 1986, p. 138.

<sup>39</sup> En este sentido, *vid.* la contribución de S. Gutiérrez Lloret y J. Sarabia Bautista en este mismo volumen, donde refieren tal función para una pieza de Valencia.

concéntricos yuxtapuestos, cuyo centro es ocupado alternativamente por una roseta simple y otra doble. A su vez, el espacio entre los círculos tangentes queda ocupado por un pequeño motivo, interpretado primeramente como pequeñas rosetas con pedúnculo<sup>40</sup> pero que en realidad parecen corresponder a racimos de vid, motivo que, de raíz grecohelenística y potenciado en época Flavia, en los periodos alto y medio imperial<sup>41</sup>, ahora resulta privilegiado por su valor eucarístico en contextos litúrgicos<sup>42</sup>. Precisamente, la representación naturalista de dichos racimos permite establecer una diferenciación respecto al grupo tardío de la escultura decorativa visigoda, en el que ahora se quiere ver un influjo omeya y en el que dichos racimos se representan delimitados por una banda<sup>43</sup>.

Lo cierto, a este respecto, es que se trata de una estructuración con frecuentes paralelos en la plástica visigoda. Así podemos citar un fuste similar perteneciente al grupo sevillano de Casa de Pilatos, en donde los círculos concéntricos comprenden palmetas completadas en su zona inferior con una hilera vertical de orificios<sup>44</sup>. Igualmente, aun con interpretaciones diversas, estos motivos también aparecen en piezas del foco emeritense, sea el caso de un fuste decorado con tallos cruzados formando medallones o de una pilastra de la colección Monsalud, donde también se disponen círculos concéntricos de modo tangente cobijando en su interior rosetas aunque reservando sus enjutas externas a hojas cordiformes en forma de “pique”<sup>45</sup>. En conjunto, durante este período la temática vegetal parece ser bastante común en la ornamentación de fustes, como dejan ver toda otra serie de ejemplos procedentes de San Clemente (Cuenca), Tomelloso (Ciudad Real)<sup>46</sup> o la Toscana (Jaén)<sup>47</sup>.

<sup>40</sup> Mergelina, 1940, p. 18.

<sup>41</sup> Así se ha señalado a propósito de los fustes protobizantinos, si bien reemplazados, incorporados en la tumba del cardenal Venerio, de la iglesia romana de San Clemente. *Vid.* Guidobaldi, F., Barsanti, C. y Guiglia Guidobaldi, A., 1992, pp. 13-31. Igualmente, sobre el empleo de pámpanos en la ornamentación de columnas, *vid.* Gamer, 1971, pp. 487-493.

<sup>42</sup> A este respecto, podemos citar también notables ejemplares procedentes de ámbito metropolitano y datados en el siglo VI, en donde el motivo de la vid se combina con otros animales y humanos, formando complejas composiciones. *Vid.* así, Firatli, N., 1990, piezas 190a y b (n.º inv. 901) y 191a y b (n.º inv. 902), pp. 102-103, pl. 61. Por lo demás, sobre el significado del empleo de la vid, y su extensión en relieves funerarios hispanos, *vid.* García Gelabert, 1997, pp. 487-493.

<sup>43</sup> Sobre la cuestión, *vid.* Hoppe, 2000, pp. 348-350.

<sup>44</sup> Vidal Álvarez, S., 1999, p. 107, lám. 7.

<sup>45</sup> Cruz Villalón, M.ª, 1985, n.º 84, y 401.

<sup>46</sup> Schlunk, H. y Hauschild, TH., 1978, lám. 64 b, c; y 65 b, c.

<sup>47</sup> Corchado Soriano, M., 1967, pp. 154-159, fig. 5-8.



Fig. 5. Fuste con decoración geométrica tipo I (Mergelina, 1940, Fig. 14f).

Otro tipo de fuste documentado en Algezares, representado por sendos ejemplares de estado más fragmentario, sería el que adopta decoración geométrica. Dos son los motivos desarrollados en cada una de las piezas. Por un lado, en uno de ellos encontramos losangos acoplados separados por un verdugón<sup>48</sup> (Fig. 5), formando una composición muy similar a la que ocupa la superficie de un fuste de *Valeria*, en este caso de 21 cm de diámetro y con una banda decorada con rombos tangentes concéntricos, a semejanza de una pilastra recuperada en las excavaciones llevadas a cabo en 1790 en Segóbriga<sup>49</sup>. En este caso, la decoración de la pieza de *Valeria* resulta idéntica a la de una barrotera de Algezares que posteriormente tendremos ocasión de analizar.

En el otro fuste encontramos una cuadrícula que comprende triángulos en relieve unidos por sus

<sup>48</sup> Mergelina, C., 1940, fig. 14.f.

<sup>49</sup> Hemos tenido conocimiento de la pieza de *Valeria* a través de la contribución de S. Gutiérrez Lloret y J. Sarabia Bautista, a cuya comunicación remitimos para un estudio de la misma y de su paralelo conquense.

vértices, así como pequeños cuadrados rehundidos de lados curvos (Fig. 6), composición que resulta similar a la que presenta una columnilla exenta de La Alcudia, hoy perdida<sup>50</sup>.

Por lo demás, con algún otro paralelo hispano, como el de Alhambra en Ciudad Real<sup>51</sup>, este tipo de composiciones recuerda creaciones orientales del tipo de las de San Polieucto, decoradas mediante incrustaciones de amatistas y vidrios policromos<sup>52</sup>. En efecto, la práctica de decorar fustes con temas geométricos se encuentra bastante extendida por el Mediterráneo, no faltando piezas africanas como las de Thala o Kasserine<sup>53</sup> o italianas como la de S. Nicolò di Cala-



Fig. 6. Fuste con decoración geométrica tipo II.

<sup>50</sup> Ibarra y Manzoni, A., 1879 (facs. 1981), p. 174, lám. XIII, 178.

<sup>51</sup> Schlunk, H. y Hauschild, TH., 1978, lám. 65d.

<sup>52</sup> Krautheimer, R., 1984, pp. 259-261, fig. 179.

<sup>53</sup> Duval, N. y Février, P. A., 1972, p. 37. De la misma forma, son abundantes las columnas decoradas con tallos de vid, acanto o de otros elementos vegetales, así como símbolos o animales, caso de los fustes procedentes de Thelepte, Sbeitla o Kasserine.



Fig. 7. Fuste con representación de ambiente arquitrabado.

mizzi<sup>54</sup>. En el mismo ámbito hispano también aparecen, y no ya sólo en fustes como los de la Alberca (Murcia) o Cerro de Santa Justa (Toledo)<sup>55</sup>, sino también como motivos pictóricos del tipo de los presentes en la bóveda de Santa Eulalia de Bóveda (Lugo) o San Julián de los Prados (Asturias)<sup>56</sup>. Con todo, el paralelo más próximo a la última de nuestras piezas se encuentra en el Tolmo, donde, además de una pieza decorada con motivos trenzados y entrelazados muy deteriorados, encontramos un fuste calizo que también presenta una serie de cuadrados rodeados por hexágonos concéntricos, separados mediante doble listel de una banda vertical decorada con un motivo de espiga continuo<sup>57</sup>.

Precisamente, este último motivo de cordón espigado, ciertamente recurrente en la ornamentación de fustes como muestran numerosos ejemplares emeritenses<sup>58</sup>, caracteriza el tercer tipo de los presentes en Algezares, atestiguado por un único ejemplar de diámetro superior a los anteriores y con dicho motivo enmarcado por cordón liso.

Cierra las evidencias un cuarto tipo cuyo estado de conservación implica cautela. Ilustrado

<sup>54</sup> Hoy depositados en el Museo Nazionale di Reggio Calabria, se datan en época normanda, *vid.* Farioli Campanati, R., 1982, n.º 112, figs. 194-195.

<sup>55</sup> Menéndez Pidal, R., 1976, pp. 549-550, fig. 270.

<sup>56</sup> Sarabia Bautista, J., 2003, p. 159, citando Abad Casal, L., 1982, nota 49, fig. 223 y fig. 19.

<sup>57</sup> Sarabia Bautista, J., 2003, n.º 35, p. 53, fig. 6.35.

<sup>58</sup> Especialmente semicolumnas que encontramos adosadas a pilastras u ornamentando placas diversas en composiciones de tipo arquitectónico, *vid.* Cruz Villalón, M., 1985, n.º 1, 2, 3, 7, 8, 13, 14, 19, 20, 22, 31, 115, 116.

también por un único ejemplar de diámetro superior, cuenta con un registro decorativo horizontal donde se recrea un ambiente arquitrabado sustentado por columnas acanaladas (Fig. 7). En este sentido no faltan paralelos, como muestra el fuste de San Clemente (Cuenca), también ornamentado con un ambiente porticado, si bien en este caso a través de arcadas y con fustes tanto de estriado vertical como helicoidal<sup>59</sup>. También este tipo de decoración aparece con variaciones en otros soportes como basas, del tipo de las de la iglesia ovetense de San Miguel de Lillo<sup>60</sup>, o en capiteles<sup>61</sup>.

### 2.3. BASAS

Mientras que en otros casos se recurre a una fantasía de formas que incluye basas poligonales, del tipo de las octogonales de El Monastil<sup>62</sup> y la Alcuía<sup>63</sup> o la heptagonal de l'Almoína<sup>64</sup>, en Algezares, en cambio, se opera un proceso de simplificación que las reduce a meros toros que descansan sobre el plinto, acaparador de mayor atención y también de mayor tamaño, que alcanza más de 30 cm de los aproximadamente 36 cm de anchura que presentan estas piezas. Dicha circunstancia es aprovechada para, como vemos va siendo nota común, aumentar su valor plástico, teniendo para ello amplia superficie en los poco más de 50 cm de anchura de cada una de estas basas. Dos son los motivos empleados. Por un lado, las tres basas descubiertas a los pies del templo presentan un doble registro que, recorriendo sus cuatro caras, se decoran con espirales (Fig. 8), motivo éste de cierta fortuna en el Sureste a juzgar por su presencia en sendas pilastras de *Begastri* donde, no obstante, se presentan con tallos y hojas<sup>65</sup>.

<sup>59</sup> Schlunk, H. y Hauschild, T., 1978.

<sup>60</sup> Arbeiter, A. y Noack-Haley, S., 1999, tafel 32a-d, datándose en torno a mediados del siglo IX.

<sup>61</sup> Así podemos citar sendas piezas procedentes de Éfeso, datadas, al menos la primera, en época mediobizantina. *Vid.* respectivamente, Bammer, A., 1999, tafel 69, abb. 21, p. 87; y Thür, H., 1999, tafel 99, abb. 25.

<sup>62</sup> Márquez Villora, J. C. y Póveda Navarro, A. M., 2000b, p. 180, figs. 2-3.

<sup>63</sup> Ramos Folques, A., 1962, p. 93.

<sup>64</sup> Reutilizada en un muro de época islámica del conjunto valenciano de la Almoína (Márquez Villora, J. C. y Póveda Navarro, A. M., 2000, p. 181, nota 3).

<sup>65</sup> Ambas son estudiadas en la contribución de S. Gutiérrez Lloret y J. Sarabia Bautista.



Figs. 8 y 9. Basas con banda de espirales y motivo de espiga.

Por otro lado, la basa hallada junto al baptisterio se decora con líneas oblicuas que forman un motivo de espiga o espina de pez (Fig. 9).

En ambos casos, con cierto descuido en la ejecución, se trata de motivos de honda tradición, aún ibérica, que, procedentes de la cerámica, la música o la pintura son adoptados por las piezas arquitectónicas<sup>66</sup>. Ambos, además, se presentan bajo distintas formulaciones; así, en el caso de las espirales es evidente su relación con los motivos de trenzado, mientras que la espiga resulta muy similar al sogueado, motivos ciertamente recurrentes en la escultura visigoda<sup>67</sup>.

Con todo, no son muchos los paralelos de basas cúbicas decoradas, destacando las de San Apolinar in Classe<sup>68</sup> o las reemplazadas en la Capilla de San Zenón de la Iglesia de Santa Prassede en Roma, en este último caso, con una red de círculos anudados

y bandas de rosetas<sup>69</sup>. Éstas no hacen sino seguir una corriente artística que tiene también una importante plasmación en ámbito metropolitano, en Constantinopla, donde, a partir del siglo V d. C. y muy especialmente a lo largo de las dos centurias siguientes, la evolución morfológica de este elemento arquitectónico se ve acompañada de una rica decoración simbólica, mediante cruces, crismones, palomas flanqueando la fuente de la vida, o delfines<sup>70</sup>.

En el mismo sentido, también se ha destacado el semejante gusto estético de nuestras piezas respecto al conjunto escultórico de la norteafricana Breviglieri, en especial sus cimacios, donde, en volúmenes similares, se desarrollan espigas y motivos geométricos varios, si bien en este caso, dispuestos en cartucho central enmarcado por banda perimetral decorada<sup>71</sup>. En este sentido, por cuanto se refiere al Norte de África, si también es una constante el alargamiento del plinto, no obstante se genera un volumen diverso al de nuestras piezas cuadrangulares, presentando la basa su completa configuración y distribuyéndose además la decoración en campo central rectangular<sup>72</sup>. También piezas orientales se prestan a análogas consideraciones, con la superficie del plinto, también decorada, más baja siguiendo su configuración clásica<sup>73</sup>.

Hay que destacar, por otra parte, que en las piezas de Algezares la dualidad de motivos empleados se acompaña de distintos sistemas de sustentación de los fustes, de tal forma que, mientras que en el caso de las basas decoradas con espirales se recurre al enclavijado mediante perforación central cuadrada (de 6 cm de lado y 9 cm de profundidad), en la cuarta basa, con ornamentación distinta, también se encuentra ausente dicho orificio para el pertinente engarce.

<sup>69</sup> Paroli, L., 2001, p. 139, lám. 100 y 111.

<sup>70</sup> Firatli, 1990, piezas 187 a y b (n.º inv. 1641) y 189 a y b (n.º inv. 76.17), pp. 101-102, pl. 60.

<sup>71</sup> Señala el paralelismo Ulbert, 1970, pp. 29-30, tafel 26.2-5, quien, no obstante, toma las piezas del conjunto norteafricano por basas, cuando, por el contrario, éstas han sido interpretadas como cimacios y pulvinos, tal y como vemos en el estudio de De Angelis D'Ossat y Farioli, 1975, pp. 112-113, cat. n.º 29, fig. 65, y cat. n.º 30, fig. 64.

<sup>72</sup> Pongamos por ejemplo las piezas de Tebessa, *vid.* Duval, N. y Février, P. A., 1972, fig. 35. Igualmente, Christern, J., 1970, pp. 103-117.

<sup>73</sup> Para Constantinopla, *vid.* Firatli, N., 1990, piezas 187 a y b (n.º inv. 1641) y 189 a y b (n.º inv. 76.17), pp. 101-102, pl. 60. Igualmente sobre otros ejemplares orientales, *vid.* Orlandos, A. K., 1954, figs. 214, 215.2, 216.

<sup>66</sup> Fontaine, J., 1973, p. 87.

<sup>67</sup> Cruz Villalón, 1985, p. 337 y pp. 351-352.

<sup>68</sup> Olivieri Farioli, R., 1969, n.º 2, p. 14.

## 2.4. Canceles

Ha sido posible la reconstrucción de algunas placas, que se unen a las tres ya reconstruidas y expuestas<sup>74</sup>, de tal forma que contamos con al menos nueve ejemplares. Con todo, dado que se encontraban amortizadas en estructuras de la posterior fase islámica y desplazadas de su contexto originario, no es posible establecer su ubicación originaria en la basílica. No obstante, su elevado número, unido a la consideración acerca de las dimensiones tanto de las mismas placas como del edificio basilical, plantean una serie de dudas. Por un lado cabe la posibilidad, harto factible, de que su función de demarcación espacial se extendiera a otro ámbito litúrgico, quizás el baptisterio, a semejanza de lo que ocurre en la basílica del Tolmo, si bien la planta circular de éste, a diferencia de la rectangular de aquél, lo convierte en un espacio poco propicio a este tipo de piezas. En el mismo sentido, el hecho de que no se conserven prácticamente barroteras angulares (a no ser de que, en un hipotético caso, el encastre lateral de algunas placas pudiera recaer en los mismos muros, extremo dudoso) parece indicar que en su mayoría formaron parte de una misma línea, que nos resulta difícil acomodar únicamente con la cara frontal del presbiterio lo que nos hace pensar, bien en una delimitación de éste más amplia, comprendiendo otras caras, bien en la posible adición de un hipotético corredor, a modo de *solea*. En este sentido, de lo que no albergamos duda es de que prácticamente todas estas placas son de cancel y no celosías, habida cuenta de que todas presentan unas medidas uniformes y se ven respaldadas en tal función por una pareja abundancia en el número de barroteras y sus remates y dado que disponemos de otras placas, igualmente caladas y de reducido módulo, que se acomodan bien a tal función de cierre de vanos de iluminación.

Por lo demás, todas las placas de cancel se encuentran realizadas en caliza de tonos beige-amari-llento y, a excepción de dos ejemplares (tipo V), han sido trabajadas por ambas caras. Precisamente esta diferenciación también tiene su equivalencia en las dimensiones, de tal forma que, si la mayoría presenta una altura de 1 m por una anchura de 0,50 m, las dos aludidas superan estas medidas, situándose en 1,50 × 0,80 m. En cualquier caso, compar-ten el mismo esquema formado por la superficie central calada delimitada por un marco. Dicho calado presenta carácter geométrico frente al fito-

morfo que caracteriza de modo predominante a las piezas protobizantinas. De igual modo, hablamos de soportes sustancialmente distintos, en tanto sí en nuestras piezas prima la verticalidad, en las encuadrables en el mencionado ámbito cultural durante los siglos VI-VII d. C., lo hace la horizontalidad, con una anchura que comúnmente llega casi a duplicar la altura<sup>75</sup>. Las mismas apreciaciones son válidas para el caso hispano.

Otra de las características de los cancelos de Algezares, sería la presencia de los flancos macizo superior e inferior, que aquí adquieren un desarrollo apenas visto en otras piezas. Similares son los de Segóbriga o Recópolis que, al igual que los de Algezares, parecen haber convertido en cenefas de enmarque lo que originariamente hubieron de ser piezas de ensamblaje horizontal, del tipo de las que se documentan en Mérida<sup>76</sup> y quizá en el Tolmo<sup>77</sup>. En este sentido, en la basílica murciana la sujeción recae exclusivamente en las barroteras laterales, suficientes habida cuenta de la extrema sutileza de las piezas, que, salvo en dos ejemplares de 8,3 cm de grosor (tipo V), se sitúa entre los 3 y 4 cm, a diferencia de otras piezas sudorientales.

Por otra parte, la temática desarrollada es diversa a la que encontramos en otros cancelos del Sureste. Así no aparece aquí la decoración animal que sí lo hace en las basílicas de *Ilici*, El Monastil o Tolmo de Minateda<sup>78</sup>, mientras que, por el contrario, encontramos una amplia variedad de motivos. En conjunto, en la basílica murciana podemos hablar de seis tipos de placa.

**Tipo I** (Fig. 10): Lo forman dos placas con superficie central calada en forma de reticulado romboidal, enmarcada por sendos registros rectangulares. Ambos son similares en las dos placas, decorándose el superior por tres espirales enlazadas y el inferior por dos motivos de aspa que en una placa aparecen separadas mediante tres listeles, en tanto que en la otra por una línea de zigzag.

**Tipo II** (Fig. 11): Lo integran dos placas con superficie central calada, formada por una red de

<sup>75</sup> Queremos agradecer a este respecto, las consideraciones que nos comunicaron las profesoras A. Guiglia y C. Barsanti, destacando el carácter tardío de tal módulo.

<sup>76</sup> Cruz Villalón, M., 1985, p. 186. La autora amplía la nomenclatura de placas hispánicas con esta gran orla de enmarque, señalando entre otros, los ejemplares de Barcelona, Amiadoso o La Guardia (Jaén). Con todo, son realmente tres donde se advierte con nitidez este rasgo morfológico.

<sup>77</sup> Sarabia Bautista, J., 2003, plantea así la posibilidad para las piezas n.º 138, 139, 141.

<sup>78</sup> Sobre dicha particularidad, *vid.* n. 28.

<sup>74</sup> A este respecto, *vid.* García Vidal, M., 2002, pp. 391-402.



Figs. 10 y 11. Propuestas de reconstrucción de las placas de cancel tipo I y II.

octógonos secantes que generan hexágonos y cuadrados. El flanco macizo inferior se decora con dos ovas concéntricas separadas por cuatro listeles verticales y el superior por tres y cuatro ovas, respectivamente, separadas también mediante listeles en número desigual. Ambos motivos se emplean frecuentemente en la ornamentación de época tardoantigua. Por cuanto se refiere al central, ciertamente recurrente en mosaicos y pinturas, lo encontramos también en otras placas, como la procedente de la basílica segobricense de Cabeza de Griego, maciza y por ello enriquecida mediante la adición de pequeñas rosetas cobijadas por los cuadrados<sup>79</sup>. También es posible registrarlo en otros soportes arquitectónicos, como fustes del tipo del recuperado en el Tolmo de Minateda<sup>80</sup>.

<sup>79</sup> Señalando el paralelo, Palol, P., 1967, p. 238. *Vid.* igualmente, Schlunk, H. y Hauschild, T., 1978, apuntando la datación del ejemplar en el período siglo V-VI.

<sup>80</sup> *Vid.* así, Sarabia Bautista, J., 2003, n.º 35, p. 53.

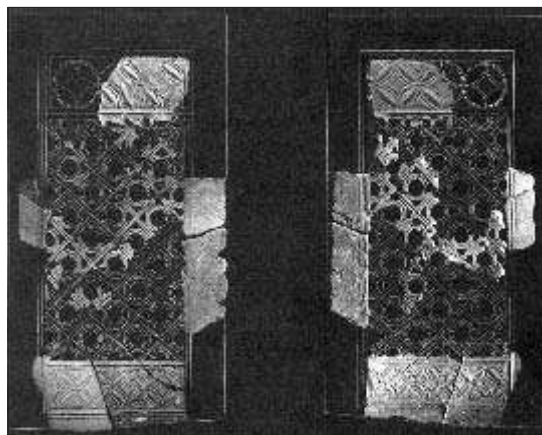


Fig. 12. Propuesta de reconstrucción de la placa de cancel tipo III.

**Tipo III** (Fig. 12): Representado por una sola placa, presenta superficie central calada formada por una retícula con círculos inscritos, delimitada por flancos macizos rectangulares. Estos últimos se decoran mediante círculos secantes que generan rosetas cuadripétalas, en número de tres y cuatro para la parte superior e inferior, respectivamente. Habitual este último motivo, no lo es tanto, sin embargo, el de la superficie calada. En efecto, sólo encontramos algún paralelo más elaborado, como un ejemplar procedente de Segóbriga, conservado en el MAN, donde los círculos, en vez de quedar enmarcados en la cuadrícula, se superponen a ésta, creando un complejo esquema geométrico<sup>81</sup>.

**Tipo IV:** En éste incluimos fragmentos pertenecientes a los flancos macizos de varias placas de las que no se conserva su interior calado, salvo en un caso donde parece que arranca un reticulado, quizá del tipo de los octógonos secantes. Dichos flancos presentan motivos del tipo de espiga, hojas de laurel (Fig. 13), tres estrellas de ocho puntas separadas por bandas verticales (Fig. 14), semicírculos concéntricos o un motivo de retícula. Las estrellas de ocho puntas, o también rosetas como aparecen en el foco emeritense<sup>82</sup>, y el fragmento de semicírculos concéntricos, similar al tipo de composición geométrica limitada<sup>83</sup>, parecen formar parte de una misma placa.

<sup>81</sup> Arbeiter, A. y Noack-Haley, S., 1999, abb. 92d.

<sup>82</sup> La misma autora insiste en la semejanza de los motivos, debido a los brazos puntiagudos. *Vid.* Cruz Villalón, M., 1985, tipo 2, 13, 35, 97, 104, 252, 385, p. 321.

<sup>83</sup> Cruz Villalón, M., 1985, pp. 203 y 355-357.



Figs. 13 y 14. Fragmentos de flancos de placas de cancel del tipo IV.

**Tipo V** (Fig. 15): Integrado por dos placas, sus dimensiones (1,50 × 0,80 m) las diferencian del resto, al igual que su grosor (8,3 cm). En la misma línea, no encajan en las barroteras, sino en un fuste de ranura lateral que hubo de servir para tal función. También a diferencia del resto, se encuentran trabajadas tan sólo por una de las caras y carecen de flancos macizos, ocupando el calado, enmarcado por dos de sus lados por un cordón, la totalidad de la pieza. Este último desarrolla el motivo de círculos secantes que generan cuadrifolias, transformados en uno de los laterales y en la zona superior en una serie de ochos entrelazados, por encima de los cuales, en esta última zona superior, se dispone una línea de arquillos. Es un motivo presente ya en la musivaria, que ahora parece tener éxito en el sureste a juzgar por su presencia en la basílica de El Monastil<sup>84</sup> o en la de la Alcudia<sup>85</sup>. En este sen-

<sup>84</sup> En este sentido, *vid.* Márquez Villora, J. C. y Póveda Navarro, A. M., 2000b, p. 180. Los autores datan las piezas a finales del siglo VI d. C.

<sup>85</sup> Quizá pudo también desarrollar este esquema en una composición de doble registro, pero conservando solamente la serie lateral de ochos entrelazados que hemos referido para nuestra basílica. Ramos Folques, A., 1972, lám. IV.2. Por sus

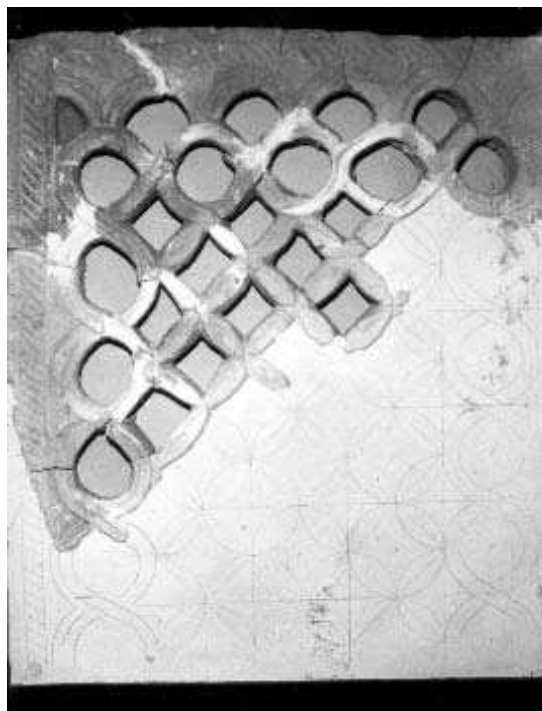


Fig. 15. Placa de cancel tipo V.

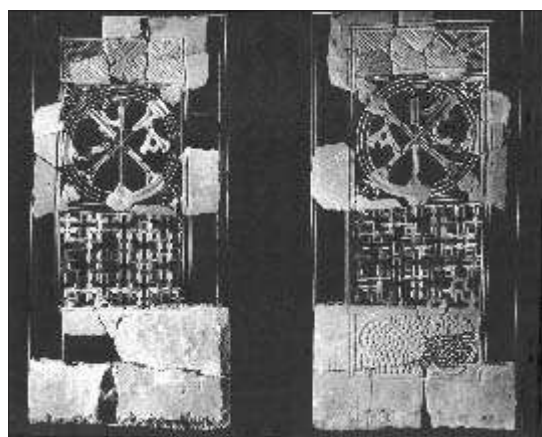


Fig. 16. Propuesta de reconstrucción de la placa de cancel tipo VI.

tido, se trata de uno de los motivos más característicos de la escultura visigoda, si bien no parece ser propio de grandes paneles calados como el nuestro.

**Tipo VI** (Fig. 16): Se trata del cancel más singular entre los conservados, con un esquema que rompe

características estilísticas se datan entre fines del siglo VI y el siglo VII d. C. (Schlunk, H. y Hauschild, T., 1978, p. 167)

las características del conjunto. En efecto, mientras que todas las placas reservan al paño central calado un único espacio uniforme, ahora por el contrario, hemos de hablar de dos registros. Dicha disposición también se aprecia en placas de conjuntos cercanos, como en la procedente de la basílica de *Ilici*, en donde un campo superior es ocupado por motivos de origen animal, en tanto que el inferior se reserva para sendos arquillos<sup>86</sup>. Aquí, por el contrario, el campo superior corresponde a un crismón calado del que penden las letras apocalípticas y que, contorneado por un emblema circular, queda inserto en un marco cuadrangular, unidos éstos últimos a través de cuatro hederas angulares. La elección de este tipo de hoja coriforme apuntada para los ángulos de campos rectangulares es, por lo demás, bastante frecuente<sup>87</sup>. Asimismo, toda esta disposición, especialmente el registro cuadrangular de crismón laureado y hojas angulares que articula el campo superior de un amplio marco rectangular, hace que el resultado sea muy semejante al de los mosaicos funerarios norteafricanos, que en algún caso, a semejanza de la placa de Algezares, completan su campo inferior con una red de motivos geométricos continuos<sup>88</sup>. En nuestro caso, ese campo inferior, que compone el segundo registro calado, presenta un complicado dibujo geométrico, en el que cuadrados secantes acaban generando cuadrados de inferior tamaño, así como en sus espacios intermedios, cruces. Cierran esta composición los flancos macizos; el superior ocupado por el típico motivo de espiga o rombos concéntricos, y el inferior por un tallo de vid del que surgen a ambos lados abigarrados racimos. Para la superficie central calada no faltan paralelos, si bien ninguno de ellos es totalmente exacto. A este respecto, podemos citar dos piezas procedentes de la basílica de San Apolinar Nuevo de Rávena, en donde, al igual que nuestro caso, el emblema central del cancel es ocupado por un motivo cristológico, no ya un crismón, sino una cruz<sup>89</sup>. También cruces dispuestas como emblema central encontramos en otros cancelos tanto de ámbito balcánico<sup>90</sup>, como griego<sup>91</sup>. Precisamente de este último

procede uno de los paralelos más cercanos por cuanto se refiere a la estructuración del campo decorativo, si bien realizado en metal; se trata de dos placas de cancel móviles procedentes de la basílica de Tegea<sup>92</sup>. No faltan igualmente ejemplos en los que la placa viene presidida igualmente por emblema con crismón, aunque en éstos, no obstante, la articulación de la superficie es ciertamente diversa. Entre los ejemplos más notables hemos de citar una placa de cancel procedente de la basílica sur de Alikí (Thasos)<sup>93</sup>. Con todo, el motivo no queda confinado al mundo oriental, donde sigue apareciendo en otros lugares, sino que igualmente puede rastrearse en Occidente, en lugares como San Ambrosio de Milán<sup>94</sup>. No obstante, predominantemente encontramos el crismón ornamentado en placas macizas y no caladas, como ocurre en la misma *Hispania*<sup>95</sup>. Parece ser que este tipo de composiciones pudo tener especial difusión en el sureste. Así, debemos citar una placa procedente del Tolmo de Minateda, con orla de enmarque sogueada, flanqueada angularmente por un motivo vegetal trifolio, que quizá (el estado fragmentario de la pieza impide pronunciarse con certeza) contuvo crismón dotado de sus correspondientes letras apocalípticas<sup>96</sup>. Con todo, iconografía y soporte, placa maciza y no calada, evidencian las diferencias.

Así las cosas, nos encontramos, por ahora, con un motivo único en nuestro entorno, en donde, por el contrario, la temática cristiana de las placas se desarrolla especialmente bajo la forma de cruz patada inserta en orla sogueada, unida a otro registro circular sogueado, que contiene una roseta<sup>97</sup>.

## 2.5. Barroteras

En Algezares únicamente se documentan estos elementos verticales, estando ausentes las piezas de ensamblaje horizontal. En su mayoría se trata de barroteras intermedias, dotadas de sendas ranuras laterales, conservándose tan sólo un ejemplar para colocar en un extremo. Todas son pilastras prismáticas, a excepción de un pequeño fuste. Característico de Algezares es la forma que presentan algunas de estas pilastras, no totalmente prismáticas, sino con sus

<sup>86</sup> Ramos Folques, A., 1972, lám. II.1.

<sup>87</sup> Podemos citar así un fragmento escultórico de Mérida donde este tipo de hoja comparece con la misma función. *Vid.* así Cruz Villalón, M., 1985, n.º 172.

<sup>88</sup> Duval, N., 1976.

<sup>89</sup> Se trata de las piezas n.º 132 y 133 del catálogo de Angiolini Martinelli, P., 1968, quien las data en torno al tercer cuarto del siglo VI d. C.

<sup>90</sup> Así los del complejo de Cr Kuina di Galovac, en las cercanías de Zadar, *vid.* Belosevic, J., 1998, p. 78.

<sup>91</sup> *Vid.* los múltiples ejemplos recogidos por Orlandos, A. K., 1994, fig. 477.3 y 4; y 478.1,5,6.

<sup>92</sup> Orlandos, A. K., 1994, fig. 474, p. 513.

<sup>93</sup> Sodini, J. P. y Kolokotsas, K., 1984, pp. 45-46, fig. 44, pl. 17g-h; pl. 18, a-b, datando el conjunto en los siglos VI-VII.

<sup>94</sup> Orlandos, A. K., 1994, fig. 475.2.

<sup>95</sup> Cerrillo Martín de Cáceres, E., 1974, pp. 439-455.

<sup>96</sup> Sarabia Bautista, J., 2003, n.º 129, p. 99, fig. 20.

<sup>97</sup> Acerca del mismo, *vid.* la contribución de S. Gutiérrez Lloret y J. Sarabia Bautista.

esquinas ochavadas flanqueando las ranuras laterales<sup>98</sup>. Por cuanto se refiere a la estructuración del campo decorativo, hay que destacar las diferencias respecto a las piezas presentes en ambientes bizantinos durante los siglos VI-VII d. C., en las cuales la superficie queda siempre delimitada mediante bandas, en tanto la decoración se dispone en dos registros, uno superior, de forma cuadrangular, que suele albergar un motivo fitomorfo, y otro rectangular, más amplio<sup>99</sup>. Por el contrario, en nuestras piezas la decoración aparece en una secuencia continua, y también por ambas caras. Precisamente a partir de los motivos empleados, podemos hablar de siete tipos distintos.

**Tipo I** (Fig. 17): Dotada de una sola ranura, se decora mediante círculos secantes que generan cuádrupétalos. En los intersticios de las rosetas, se disponen dos líneas incisas en diagonal que posiblemente tratan de recrear flores, siguiendo el juego visual también empleado en el fuste de la Alberca o en algunas placas de cancel del Tolmo<sup>100</sup>.

**Tipo II** (Fig. 18): Su superficie aparece estructurada mediante cinco bandas que se repiten por ambas caras: tres bandas con una línea de zigzag, separadas por otras dos bandas intermedias con el motivo de espiga.

**Tipo III**: Repitiendo en la cara frontal el mismo esquema decorativo que el anterior tipo, se diferenciaría de aquel en que su cara posterior se encuentra decorada por un motivo de espiga que surge a partir de gruesa nervadura central, recordando el motivo de hojas de laurel o de olivo presente en otros ejemplares mediterráneos<sup>101</sup>.

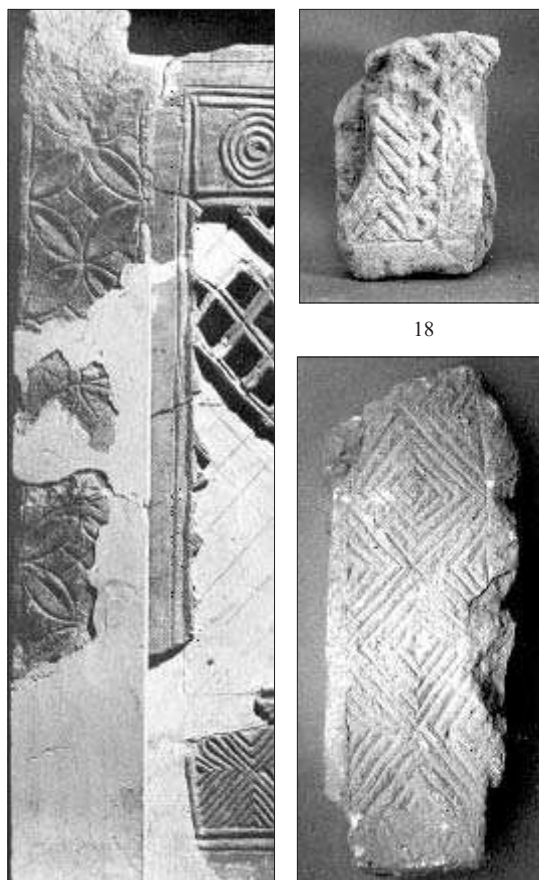
**Tipo IV** (Fig. 19): Las caras frontales quedan ocupadas por un único motivo de superposición en red de cuadrados y losanges en secuencia vertical continua, en tanto sus esquinas se decoran mediante sogueado. A este respecto, el esquema, similar al que encontramos en un fuste de esta misma

<sup>98</sup> En Mérida existen piezas de ensamblaje similares, donde la cara frontal ha sido redondeada en dirección a las ranuras de encaje.

<sup>99</sup> Lamentablemente no existe un estudio específico dedicado a estas barroteras, con todo, se pueden citar toda una serie de trabajos particulares para distintas áreas geográficas, recogidos por Guidobaldi, F., Barsanti, C. y Guiglia Guidobaldi, A., 1992, p. 206, nota 360.

<sup>100</sup> Sarabia Bautista, J., 2003, n.º 124 y 142.

<sup>101</sup> Es el motivo más frecuente en las barroteras de la iglesia romana de San Clemente, que parecen datarse en el pontificado de Juan II (533-535), *vid.* Guidobaldi, F., Barsanti, C. y Guiglia Guidobaldi, A., 1992, p. 207, pilastras 2i, 7i, 10i, 14e, 23i, 24i, 25i, 29i.



17

18



20

Figs. 17 a 20. Barroteras de cancel tipos I, II, IV y V.

básilica al que ya nos referimos, resulta prácticamente idéntico al de otro fuste de Valeria<sup>102</sup>.

**Tipo V** (Fig. 20): A diferencia del resto, no presenta la decoración en secuencia continua, sino circunscrita a un registro cuadrangular, enmarcado en los flancos por un sogueado. Dicho registro central se encuentra ocupado por cuatro hojas coriformes, que surgen de pedúnculo central, de modo similar a otras piezas mediterráneas<sup>103</sup>.

**Tipo VI:** En este caso la pieza se decora con una única línea de zigzag.

**Tipo VII:** A diferencia del resto de piezas, se trata de un pequeño fuste de diámetro decreciente, que va desde los 19,5 cm de base a los 11,7 cm de la parte superior. Hay ejemplares similares en el Tolmo<sup>104</sup>.

## 2.6. Piezas de remate de las barroteras

Empleadas como piezas de remate de las barroteras, encontramos una serie de piñas para las que, no obstante, es problemático determinar la sujeción. Las perforaciones que presentan cancelos o piezas de ensamblaje horizontal en Mérida o, igualmente, un cancel de Recópolis, parecen indicar que, de modo similar, habrían de destinarse a la colocación de adornos<sup>105</sup>. En este sentido, conocemos piezas que adoptan una forma similar de pómulo<sup>106</sup> o pera<sup>107</sup>, también con decoración vegetal, o alguna forma geométrica simple<sup>108</sup>, pero no que adopten la forma explícita de piña, cuyo significado simbólico aludiría a la resurrección<sup>109</sup>. En



21



22



23



24

Figs. 21 a 24. Piezas de remate de las barroteras tipos I, II, IIIa y IIIb.

Algezares encontramos diversos tipos, cuyas dimensiones oscilan entre los 10 y 12 cm.

**Tipo I** (Fig. 21): Presentaría la forma explícita de piña, con su característica decoración granulada.

**Tipo II** (Fig. 22): En este caso, se encuentra recubierta por tres hojas de acanto.

**Tipo III:** Presentaría motivos geométricos. Así, la de mayor tamaño se recubre mediante líneas de zigzag (Fig. 23), en tanto que otra distribuye su decoración en tres bandas paralelas, dos líneas de zigzag y una banda inferior de cordón (Fig. 24). En este sentido, si es difícil encontrar paralelos con decoración vegetal, más difícil es aún encontrarlos con este tipo de decoración geométrica, que más bien recuerda piezas omeyas, del tipo de las que rematan las barroteras de Khirbat al Mafjar<sup>110</sup>.

del análisis de la pieza de Rávena, realiza un completo estudio del motivo. Por otra parte, es interesante señalar que dicho ejemplo es puesto en relación con un elemento redondeado situado sobre el tejado de la iglesia de San Salvador de Valdediós, aunque en este caso, no conserva la morfología del elemento vegetal. *Vid.* Arbeiter, A. y Noack-Haley, S., 1999, abb. 196, p. 198.

<sup>110</sup> En efecto, pese a la estructuración geométrica de la pieza en una serie de bandas, en algún caso integradas por motivos

<sup>102</sup> Estudiado por S. Gutiérrez Lloret y J. Sarabia Bautista, en estas mismas páginas.

<sup>103</sup> Guidobaldi, F., Barsanti, C. y Guiglia Guidobaldi, A., 1992, p. 224.

<sup>104</sup> Sarabia Bautista, J., 2003, n.º 56 y 57, p. 63, fig. 9.

<sup>105</sup> Cuando no incluso, en la adición de un segundo cuerpo, a modo de balastrada, *vid.* Cruz Villalón, M., 1985, p. 195, señalando por tanto, la conformación del modelo de *pergula*, del que por ahora, no conocemos ningún ejemplar hispano. En otros casos, las placas parecen más bien destinadas a ser adosadas y, en este sentido, los agujeros quizás fueran destinados al enganche de alguna grapa o espiga que sirviera para unir las piezas al muro (p. 199).

<sup>106</sup> Es el caso de un pilar de cancel del complejo cristiano de Tebessa. *Vid.* Christern, J., 1970, fig. 11, p. 113. Con todo, predominan los ejemplares con simple terminación esférica del tipo de los que aparecen en Rávena entre los siglos VI-VII. *Vid.* Olivieri Farioli, R., 1969, cat. n.º 122, 124, 125; fig. 116, 117, 118.

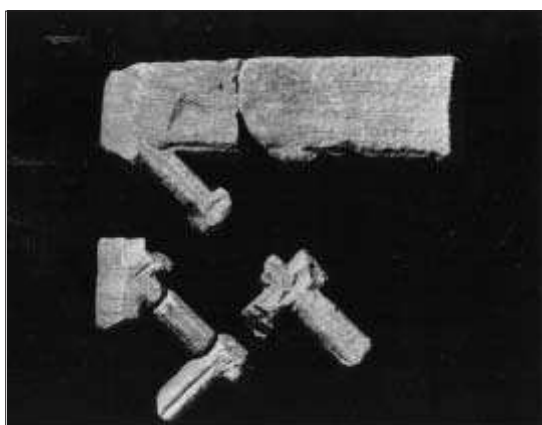
<sup>107</sup> Como señala Russo, E., 1987, p. 134, fig. 16-17, indicando la excepcionalidad de la forma, que parece circunscrita a la escultura palestina. Por lo demás, ésta se mantendrá en época omeya, como muestran las pilastras del palacio de Khirbat Al-Mafjar. *Vid.* Hamilton, R. W., 1959, plate LXVIII.

<sup>108</sup> Variantes que, presentes en ámbito griego, son recogidas por Orlandos, A. K., 1994, fig. 481, 1 y 3.

<sup>109</sup> *Vid.* así, Michelini, R., 1996, pp. 210-212 que, a partir

## 2.7. Celosías

Junto a las placas de cancel, ha sido posible individualizar celosías que habrían de estar emplazadas en vanos de la basílica. En este sentido, presentan un tamaño inferior al de las placas, situándose en  $60 \times 25-30$  cm. También en éstas, siguiendo lo visto para otros materiales de la basílica, es posible advertir cierta diversidad. En concreto, encontramos dos tipos, uno primero (Fig. 25) que adopta el mismo motivo de retícula romboidal que nuestras placas tipo I, y otro segundo, esta vez no presente en los cancelles, pero en cualquier caso ampliamente representado en las celosías, como es el que desarrolla el motivo de superposición de peltas o arquillos (Fig. 26). En este sentido, este segundo tipo de celosía, además de contar con paralelos cercanos, como la misma celosía procedente del también murciano



Figs. 25 y 26. Celosías de retícula romboidal (tipo I) y superposición de peltas (tipo II).

Castillo de los Garres<sup>111</sup>, es bastante similar a varias placas de cancel caladas, procedentes de Mérida<sup>112</sup>.

## 3. LA DATACIÓN DEL CONJUNTO

Se trata de uno de los aspectos más discutidos. En este sentido, a pesar de que Mergelina señaló que habría de datarse durante el período de presencia bizantina, concretamente en el reinado de Recaredo<sup>113</sup>, no existen argumentos que permitan mantenerlo con certeza. Se ha documentado material cerámico que remite a este horizonte y la siguiente centuria, como es el caso de las lucernas Hayes IIB, y sobre todo, de los tipos Hayes 103 A, 91 C, 99 A y posibles Hayes 104, 107 y 108<sup>114</sup>, que sabemos que se mantienen en circulación hasta por lo menos el primer cuarto del siglo VII d. C., a tenor de su documentación en el nivel de destrucción del barrio de época bizantina de Cartagena. Con todo, la presencia de material islámico resulta comparativamente abrumadora, datándose de forma genérica a partir de la segunda mitad del siglo IX<sup>115</sup>. En este sentido, aunque es obvio que nuestra basílica no se puede datar tan tarde, sí parece posible suponerle una data más avanzada a la tradicionalmente sostenida. Induce a pensar así la misma estratigrafía<sup>116</sup>. En efecto, relacionándose el citado material islámico con una reutilización del edificio como

de este tipo, como una franja continua de círculos, predomina el carácter fitomorfo de los motivos, si bien sometidos a una fuerte estilización. *Vid.* Hamilton, R. W., 1959, fig. 223, p. 271.

<sup>111</sup> Matilla Séiquer, G., 1997, pp. 21-22.

<sup>112</sup> Se trata del tipo 10 dentro del estudio realizado para este tipo de decoración en Mérida. Cruz Villalón, M., 1985, n.º 149, 153 y 154. También de la ciudad lusitana procede otra pieza similar datada en época romana. *Vid.* Idem, 1985, n.º 429.

<sup>113</sup> Mergelina, C., 1940, p. 30.

<sup>114</sup> Ramallo Asensio, S. F., 1991, pp. 300-305.

<sup>115</sup> Así un lote de 27 piezas ha sido estudiado por Gutiérrez Lloret, 1996, p. 349.

<sup>116</sup> A este respecto, no obstante, bien es cierto que nuestras consideraciones han de tomarse con la debida cautela, habida cuenta de que se trata de una excavación antigua y que fue posterior a remociones iniciales que podrían haber desbaratado la información. Cayetano de Mergelina atribuye alguno de los desniveles documentados (como el del ángulo de la cabecera de la nave lateral izquierda), a una distinción entre el piso de las naves y el del presbiterio. Quizás los únicos indicios que podrían contradecir nuestras suposiciones residen en el nártex, donde en un nivel inferior se documentó material islámico. Con todo, las secciones que aporta el propio Mergelina, apenas dejan ver más que las fosas de los enterramientos, no destacando posibles fosas de expolio. En la misma línea, los posteriores trabajos acometidos tampoco han demostrado lo contrario (Ramallo Asensio, 1991, pp. 298-300).

posible oratorio o residencia de algún morabito o santón<sup>117</sup>, el lapso transcurrido entre este uso y el anterior uso cultural cristiano de la basílica, no parece ser demasiado extenso, superponiéndose por ejemplo la nueva pavimentación del ábside, directamente a la original, sin mediar relleno alguno. El mismo proceso de reutilización, si bien implica la amortización y reemplazo del aparato decorativo de la iglesia, no parece comportar acción estratigráfica alguna, en forma de trincheras o fosas de expolio, cuya ausencia o en su defecto, mínima presencia, implicaría que el material sería fácilmente recuperable, apenas amortizado, implicando en consecuencia, la inexistencia de una larga etapa de abandono, tampoco probada por el escaso número de enterramientos documentados, de forma contraria a lo que ocurre en otros edificios, en donde dicha etapa, está marcada por la proliferación de éstos en una nueva conversión del área en zona de enterramientos. En la misma línea, tampoco la cerámica, aún abundante, permite sugerir la presencia de un vertedero u hogar u otro indicio cualquiera, indicativo de la desacralización del edificio, al modo de lo que ocurre en basílicas como la del Tolmo<sup>118</sup> y previo a la fase de reutilización que implica la construcción de nuevas estructuras donde se incluyen parte de los elementos ornamentales. Antes bien, todo parece indicar que la basílica se mantuvo en uso hasta poco antes de su transformación en época islámica, quizá hasta el siglo VIII, sino hasta principios del siglo IX. No obstante, aceptarlo supone también la necesidad de retrasar su fecha de construcción. No en vano, el edificio destaca por su homogeneidad, que apenas deja insinuar remodelación alguna propia de un uso dilatado. El caso más expresivo es el del baptisterio, donde no se advierte signo alguno de una renovación de magnitud, frente a lo que suele suceder en este tipo de instalaciones. Así por ejemplo, el de la basílica del Tolmo, a pesar de que la utilización religiosa del edificio se ceñiría a apenas poco más de un siglo (finales del siglo VI/principios del siglo VII y un momento indeterminado del siglo VIII), experimentaría cuatro grandes fases constructivas, y numerosas remodelaciones menores<sup>119</sup>. De aceptar estas premisas, el uso cristiano de la basílica de Algezares sería muy poco dilatado, y aconsejaría situar su construcción en un momento avanzado del siglo VII. En este sentido,

tanto por lo que se refiere a la planta, como a su decoración arquitectónica, no faltan datos que parecen insinuar también una cronología tardía. Entre ellos podemos mencionar la ausencia de lo que desde el punto de vista litúrgico y formal se convierte en el elemento más característico de las iglesias rurales hispanas<sup>120</sup>, y bastante frecuente en las de ámbito urbano<sup>121</sup>, el denominado ábside o coro contrapuesto, igualmente ausente en todos los edificios considerados tradicionalmente “visigodos” y hoy de cronología discutida<sup>122</sup>. En la misma línea, a pesar de que caracteriza a la *Tarraconense* y Baleares, pero también a la *Cartaginense* y la *Bética*, el baptisterio *retro-sanctos*, por el contrario, en Algezares es lateral. Nos interesa esta particularidad porque se ha señalado que el citado esquema de baptisterio *retro-sanctos* es más un modelo cronológico que regional<sup>123</sup>, con lo que su ausencia en Algezares puede implicar también una data diversa a los edificios que lo presentan, mayoritariamente del siglo VII. No lo impedirían las demás características planimétricas, porque si bien entran dentro de lo que la bibliografía señala como planta paleocristiana, su presencia en iglesias como la del Tolmo o la de Santa María de Mijangos, muestra la perduración de este tipo de planta hasta plena época visigoda<sup>124</sup>.

Por cuanto se refiere a la decoración arquitectónica, también existen ciertas particularidades que singularizan a nuestra basílica y que pueden tener implicaciones cronológicas. Entre ellas, podemos citar el módulo de las placas, características no tanto por su altura como por la relación de ésta con la anchura, de forma similar a lo que parece ocurrir en época avanzada. En este sentido, las únicas placas similares a las de Algezares serían las de *Ilici*, de un módulo de 90 × 45 cm, y también caladas, si bien en este caso, con una temática zoomorfa y ar-

<sup>120</sup> Como apunta Godoy Fernández, C., 1995, p. 87 y 341-342.

<sup>121</sup> En efecto, poco a poco van surgiendo una serie de ejemplos que muestran las conexiones entre la arquitectura urbana y rural. En este sentido, podemos citar la basílica de ábsides contrapuestos de Mértola, Rossio do Carmo, *vid.* Gurt, J. M.<sup>a</sup>, 2003, nota 3; a la que ahora se une también la del Tolmo de Minateda.

<sup>122</sup> Caballero Zoreda, L., 2000, p. 214.

<sup>123</sup> En este sentido, Abad Casal, L., Gutiérrez Lloret, S. y Gamo, B., 2000, p. 218.

<sup>124</sup> En el caso de esta última iglesia rural burgalesa, incluso de forma más llamativa, porque a su cronología visigoda (sabemos que fue consagrada en el año 597) se une además el hecho de estar enclavada en la meseta norte, zona típica de las iglesias “visigóticas”. *Vid.* a este respecto, Caballero Zoreda, L., 2000, p. 215.

<sup>117</sup> Gutiérrez Lloret, S., 1996, pp. 201 y 301.

<sup>118</sup> Gutiérrez Lloret, S., 2002, p. 309.

<sup>119</sup> Abad Casal, L., Gutiérrez Lloret, S. y Gamo Parras, B., 2000, pp. 205-209, y 215-218.

quitectónica e igualmente con una funcionalidad discutida, entre placas de cancel o simples celosías. En cualquier caso, las placas alicantinas, curiosamente tenidas en un primer momento como celosías árabes por parte de su descubridor, Albertini, parecen datarse en el momento en el que la *civitas* ya ha pasado a manos visigodas tras su experiencia bizantina, con posterioridad al primer cuarto del siglo VII d. C., indicio que también parece apoyar la cronología que nosotros defendemos para la basílica de Algezares.

Por lo demás, el análisis de otras piezas como los capiteles deja ver una lejanía respecto a ejemplares como el de Verónicas o también los de la Alberca. De igual modo, la comparación con las piezas eméritenses permite constatar cómo el bizantinismo es allí más fuerte<sup>125</sup>. En este sentido, a pesar de que Algezares se emplaza en pleno corazón de lo que fue la provincia bizantina, nada hay aquí que se pueda definir con exactitud como tal, lo que parece implicar no sólo su posterioridad a dicha etapa, sino quizá incluso a la fase en la que dicho influjo se experimenta con fuerza en la plástica visigoda. Con todo, la datación parece acotarse en el siglo VII. Algunas similitudes con los materiales del Tolmo, como los capiteles o algún fuste de columna, por más que los canceles son totalmente diversos, así también parece aconsejarlo. En otro orden de cosas, también se ha insistido en el carácter temprano de las piscinas bautismales, ya no registradas en los edificios más tardíos, en tanto la generalización del pedobautismo las hacía innecesarias y fácilmente sustituibles por pilas bautismales, como ocurre en los edificios considerados “visigodos”<sup>126</sup>.

Sea como fuere, queremos acabar insistiendo en la provisionalidad de nuestras conclusiones, conscientes de las propias limitaciones de éstas. No en vano, el hecho de que la basílica fuera excavada de antiguo y que, ya en aquel momento, se encontrara expoliada, nos ha privado de datos esenciales que posteriores intervenciones no han podido suplir. En este sentido, estas últimas tan sólo han seguido mostrando poco más que la abundancia de material islámico. Con todo, las excavaciones que, en el momento de redactar estas líneas, se están desarrollando en el entorno de la basílica, están desarrollando sorprendentes datos. Además de mostrar cómo la basílica se insertó en un entorno habitado más amplio hasta ahora no documentado, también nos están haciendo cuestionarnos nuestras conside-

raciones cronológicas. A este respecto, los resultados preliminares de los trabajos, parecen abogar para las estructuras del entorno por una datación más temprana a la que la investigación ha manejado para la basílica. Ante tal evidencia, cabe preguntarse si dicha data sería extensible al edificio cultural y, en tal supuesto, también a su decoración, lo que sin duda abriría nuevas perspectivas en el estudio de la decoración arquitectónica. Con todo, el hecho de disponer en el Sureste de al menos un edificio litúrgico con un programa decorativo similar al nuestro, donde la cronología no queda confinada a consideraciones estilísticas, sino a criterios estratigráficos, el del Tolmo de Minateda, parece hacer poco factible este último extremo, llevando sólo a considerar la posible existencia de un caso similar al de la basílica ilitana, una construcción temprana seguida de una remodelación y dotación de un programa ornamental bastante más tardío que aquélla, que, en cualquier caso, invalidaría nuestras suposiciones acerca de la inexistencia de remodelaciones de entidad para Algezares y su uso durante un período poco dilatado.

#### BIBLIOGRAFÍA

- ABAD CASAL, L., 1982, *La pintura romana en España*, Universidad de Alicante-Universidad de Sevilla.
- ABAD CASAL, L., GUTIÉRREZ LLORET, S. y SANZ GAMO, R., 1998, *El “Tolmo de Minateda”. Una Historia de Tres Mil Quinientos Años*.
- ABAD CASAL, L., GUTIÉRREZ LLORET, S. y GAMO PARRAS, B., 2000, “La basílica y el baptisterio del Tolmo de Minateda (Hellín, Albacete)”, *AEspA* 73, N.181-182, pp. 193-222.
- ANGIOLINI MARTINELLI, P., 1968, “*Corpus* della escultura paleocristiana, bizantina ed altomedievale di Ravenna”, Roma.
- ARBEITER, A., 2003, “Los edificios de culto cristiano: escenarios de la liturgia”, en MATEOS, P., y CABALLERO, L. (eds.), *Repertorio de Arquitectura Cristiana en Extremadura*, Anejos de *AEspA*, XXIX, pp. 177-230.
- ARBEITER, A. y NOACK-HALEY, S., 1999, *Christliche Denkmäler des frühen Mittelalters vom 8. bis ins 11. Jahrhundert*, Hispania Antiqua 4, Mainz am Rhein.
- BAMMER, A., 1999, “Die kirche im Artemision von Ephesos”, *Efeso paleocristiana e bizantina-frühchristliches und byzantinisches Ephesos*, Wien, pp. 86-88.

<sup>125</sup> Cruz Villalón, M., 1985, pp. 425-435.

<sup>126</sup> Arbeiter, A., 2003, pp. 187 y 209-210.

- BELOSEVIC, J., 1998, "Il complesso dell'Architettura paleocristiana a Cr Kuina di Galovac nei pressi di Zadar", *Acta XIII Congressus Internationalis Archaeologiae Christianae*, Città del Vaticano-Split, vol. III, pp. 69-104.
- CABALLERO ZOREDA, L., 2000, "Paleocristiano y prerrománico. Continuidad e innovación en la arquitectura cristiana hispánica", *El Cristianismo. Aspectos históricos de su origen y difusión en Hispania, Actas del symposium de Vitoria-Gasteiz (25 a 27 de noviembre de 1996)*, Vitoria, pp. 91-132.
- CABALLERO ZOREDA, L. y SÁNCHEZ, J. C., 1990, "Reutilizaciones de material romano en edificios de culto cristiano", *Antigüedad y Cristianismo*, 7, pp. 431-485.
- CAPUTO, G., 1952, "Ornamenti geometrici nell'architettura cristiana in Tripolitania", *Atti I Congresso Nazionale Archeologia Cristiana*, Siracusa (1950), Roma, p. 199.
- CASARTELLI NOVELLI, S., 1989, "Il decoro geometrico delle inedite emergenze scultoree a "pietra fitta" individuate nella Sardegna centro-orientale", *XXXVI Corso di Cultura sull'arte ravennate e bizantina*, pp. 101-112.
- CERRILLO MARÍN DE CÁCERES, E., 1974, "Los relieves de época visigoda decorados con grandes crismones", *Zephyrus*, XXV, pp. 439-455.
- CHRISTERN, J., 1970, "Il Complesso Cristiano di Tebessa. Architettura e decorazione", *Corsi di Cultura sull'Arte Ravennate e Bizantina* (Ravenna, 1970), pp. 103-117.
- CORCHADO SORIANO, M., 1967, "Hallazgos en "La Toscana", Jaén", *AEspA* 40, pp. 154-159.
- CRUZ VILLALÓN, M.<sup>a</sup>, 1985, *Mérida visigoda. La escultura arquitectónica y litúrgica*, Badajoz.
- CRUZ VILLALÓN, M.<sup>a</sup>, 2001, "La escultura visigoda. Mérida, centro creador", en Arce, J. e Delogu, P. (a cura di), *Visigoti e Longobardi*. Atti del Seminario (Roma 28-29 aprile 1997), Firenze, pp. 161-184.
- DE ANGELIS D'OSSAT y FARIOLI, R., 1975, "Il complesso paleocristiano di Breviglieri (El-Khadra)", *Quaderni di Archeologia della Libia*, 7, Roma, pp. 32-156.
- DOMÍNGUEZ PERELA, E., 1987, *Capiteles Hispánicos Altomedievales*. Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid.
- DUVAL, N., 1976, *La mosaïque funéraire dans l'art paléochrétien*, Rávena.
- DUVAL, N. y FÉVRIER, P. A., 1972, "Le décor des monuments chrétiens d'Afrique (Algérie, Tunisie)", *Arqueología Cristiana (Barcelona, 5-11 octubre 1969)*, Città del Vaticano-Barcelona, pp. 5-55.
- FARIOLI CAMPANATI, R., 1982, "La cultura artistica nelle región bizantine d'Italia dall VI all'XI secolo", *I Bizantini in Italia*, Milán, pp. 139-426.
- FÉVRIER, P. A., 1972, "L'évolution du décor figuré et ornamental en Afrique à la fin de l'Antiquité", *XIX Corso di Cultura sull'arte ravennate e bizantina*, pp. 159-186.
- FIRATLI, N., 1990, *La sculpture byzantine figurée au Musée Archéologique d'Istanbul*, Catalogue revu et présenté par C. Metzger, A. Pralong et J.P. Sordini (Bibliothèque de l'Institut Français d'Études Anatoliennes d'Istanbul, XXX), Paris.
- FONTAINE, J., 1973, *L'art préroman hispanique I: l'art paléochrétien, l'art wisigothique, l'art asturien*, Yonne.
- FONTAINE, J., 1978, "El Prerrománico", *La España Románica*, vol.VIII, pp. 127-134.
- GAMER, G., 1971, "Les colonnes ornées de pampres et la colonne de Beja", *Actas do II Congresso Nacional de Arqueologia (Coimbra 1970)*, Coimbra, pp. 487-493.
- GARCÍA-GELABERT, M. P., 1997, "Relieves vegetales en Hispania durante la Antigüedad Tardía", *Antigüedad y Cristianismo*, XIV, pp. 457-470.
- GARCÍA VIDAL, M., 2002, "Estudio preliminar de los materiales procedentes de la Basílica de Algezares depositados en los fondos del Museo Arqueológico de Murcia", *Memorias de Arqueología*, 11, Murcia, pp. 391-402.
- GARCÍA VIDAL, M., 2004, "Prospección arqueológica en el entorno de la basílica de Algezares (Murcia). Campaña de 1997", *Memorias de Arqueología*, 12, Murcia, pp. 427-434.
- GODOY, C., 1995, *Arqueología y liturgia. Iglesias hispánicas (ss. IV al VIII)*, Barcelona.
- GÓMEZ MORENO, 1960-61, "Sugerencias murcianas", *Homenaje al profesor Cayetano de Mergerlina*, Murcia, pp. 441-444.
- GUARDIA I PONS, M., 1999, "L'escultura monumental i decorativa", en Palol (coord.), *Del Romà al Romànic. Història, Art i Cultura de la Tarracònense Mediterrània entre els segles IV i X*, Barcelona, pp. 205-213.
- GUIDOBALDI, F., BARSANTI, C. y GUIGLIA GUIDOBALDI, A., 1992, *San Clemente. La scultura del VI secolo*, Roma.
- GURT, J.M., 2003, "Arqueología de las ciudades episcopales", *Estudios de Arqueología dedicados a la profesora Ana María Muñoz Amilibia*, pp. 115-136.

- GUTIÉRREZ LLORET, S., 1996, *La Cora de Tudmir. De la Antigüedad Tardía al mundo islámico. Poblamiento y cultura material*, Madrid-Alicante.
- GUTIÉRREZ LLORET, S., 2000, "Algunas consideraciones sobre la cultura material de las épocas visigoda y emiral en el territorio de Tudmir", en CABALLERO ZOREDA, L., y MATEOS, P. (eds.), *Visigodos y Omeyas. Un debate entre la Antigüedad Tardía y la Alta Edad Media*, Anejos de *AEspA*, XXIII, Madrid, pp. 95-116.
- GUTIÉRREZ LLORET, S., 2002, "De espacio religioso a espacio profano: transformación del área urbana de la basílica del Tolmo de Minateda (Hellín, Albacete) en barrio islámico", *II Congreso de Historia de Albacete*, vol.I, Arqueología y Prehistoria, Albacete, pp. 307-316.
- HAMILTON, R.W., 1959, *Khirbat al Maffar. An Arabian mansion in the Jordan Valley*.
- HAUSCHILD, T., 1990, "Copias y derivados del capitel romano en época visigoda", en Ewert, Ch., Cressier, P. y Zozaya, J. (coord.), *Coloquio Internacional de Capiteles Corintios Prerrománicos e Islámicos (ss. VI-XII d. C.)*, Madrid, pp. 27-36.
- IBARRA Y MANZONI, A., 1879 (fac.1981), *Illici. Su situación y antigüedades*, Alicante.
- KRAUTHEIMER, R., 1984, *Arqueología paleocristiana y bizantina*, Madrid.
- LLOBREGAT, E. A., 1985, "Las épocas paleocristiana y visigoda", *Arqueología del País Valenciano. Panorama y perspectivas*, Alicante, pp. 383-413.
- MÁRQUEZ VILLORA, J.C. y PÓVEDA NAVARRO, A. M., 2000a, "Espacio religioso y cultura material en Ilici (ss. IV-VII d. C.)", *V Reunión de Arqueología Cristiana Hispánica Cartagena 1998*, Barcelona, pp. 185-198.
- MÁRQUEZ VILLORA, J. C. y PÓVEDA NAVARRO, A. M., 2000b, "Espacio religioso y cultura material en Elo (ss. IV-VII d. C.)", *V Reunión de Arqueología Cristiana Hispánica (Cartagena, 1998)*, Barcelona, pp. 177-184.
- MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, A., 1988, "Capiteles tardíos del Sur del Conventus Carthaginiensis (ss. IV-VII d. C.)", *Antig. Crist.* V, pp. 185-211.
- MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, A., 1989, "Capiteles tardoantiguos en el Museo Arqueológico de Murcia", *Verdolay*, pp. 189-195.
- MATILLA SEIQUER, G., 1997, *El Castillo de Los Garres*, Cuadernos de Patrimonio Histórico-Artístico de Murcia, Asociación Patrimonio Siglo XXI, n.º 3, Murcia.
- MENÉNDEZ PIDAL, R. (dir.), 1976, *Historia de España. Tomo III, España Visigoda (414-711 de J. C.)*, Madrid.
- MERGELINA CANO MANUEL, V. y SÁNCHEZ-ROJAS FENOLL, M.ª C., 1982, "Los monumentos paleocristianos de Murcia", *XVI Congreso Nacional de Arqueología (Murcia-Cartagena, 8-11 enero 1982)*, Ponencias, Murcia, pp. 53-69.
- MERGELINA LUNA, C. de., 1940, "La iglesia bizantina de Algezares", *AEspA* 13, pp. 5-32.
- MICHELINI, R., 1996, "Scheda n.º 5, Pigna marmorea sulla sommità del tetto", en RIZZARDI, C. (a cura di), *Il Mausoleo de Galla Placidia a Ravenna*, Módena, pp. 210-212.
- OLIVIERI FARIOLI, R., 1969, "*Corpus*" della scultura paleocristiana bizantina ed altomedievale di Ravenna. La scultura architettonica. Basi, capitelli, pietre d'imposta, pilastri e pilastrini, plutei, pulvini, Roma.
- PALOL, P., 1967, *Arqueología cristiana de la España romana, siglos IV-VI*, Madrid-Valladolid.
- PAROLI, L., 2001, "La scultura a Roma tra il VI e il IX secolo", *Roma dall'Antichità al Medioevo. Archeologia e Storia nel Museo Nazionale Romano Crypta Balbi*, Milano, pp. 132-143.
- PASQUINI, L., 2002, *La decorazione a stucco in Italia fra Tardo Antico e alto Medioevo*, Ravenna.
- POCKLINGTON, R., 1987, "El emplazamiento de IYI(H)", *Sharq al-Andalus*, IV, pp. 175-198.
- PÓVEDA NAVARRO, A., 1988, *El poblado ibero-romano de "El Monastil"*, Alicante.
- PRALONG, A., 1984, "À propos des chapiteux dits byzantins de Numidie du Musée de Carthage", *Actes du Xe Congrès International d'Archeologie Chretienne (Thessalonique, 1980)*, Roma, pp. 445-462.
- RAMALLO ASENSIO, S. F., 1986, "Aspectos arqueológicos y artísticos de la Alta Edad Media", *Historia de Cartagena*, Murcia, Vol. V, pp. 128-160.
- RAMALLO ASENSIO, S. F., 1991, "Informe preliminar de los trabajos realizados en la basílica paleocristiana de Algezares (Murcia)", *Memorias de Arqueología, Excavaciones y Prospecciones en la Región de Murcia, 1985-86*, pp. 297-307.
- RAMOS FOLQUES, A., 1962, "Excavaciones en La Alcudia (XI). Campañas de 1953-1955", *Noticario Arqueológico Hispánico*, V (1956-1961), pp. 91-94.
- RAMOS FOLQUES, A., 1972, "Un cancel visigodo en La Alcudia de Elche", *Pyrenae* 8, pp. 161-171.
- RUSSO, E., 1987, "La scultura del VI secolo in Palestina. Considerazioni e proposte", *Acta ad*

- Archaeologiam et Artium Historiam Pertinentia*, series altera in 8.º, VI, pp. 113-248.
- SARABIA BAUTISTA, J., 2003, *Los elementos arquitectónicos ornamentales en el Tolmo de Minateda (Hellín-Albacete)*, Albacete.
- SODINI, J. P.; KOLOKOTSAS, K., 1984, *Aliki, II: La Basilique double*, Études Thasiennes X, Atenas-París.
- SCHLUNK, H., 1945, "Relaciones entre la Península Ibérica y Bizancio durante la época visigoda", *AEspA* XVIII, pp. 177-204.
- SCHLUNK, H. y HAUSCHILD, TH., 1978, *Die Denkmäler der frühchristlichen und westgotischen Zeit*, Mainz am Rhein.
- THÜR, H., 1999, "Die Spätantike bauphase der kuretenstrasse", *Efeso paleocristiana e bizantina-frühchristliches und byzantinisches Ephesos*, Wien, pp. 104-120.
- ULBERT, T., 1970, "Skulptur in Spanien (6-8 Jahrhundert)", *Kolloquium über Spätantike und Frühmittelalterliche Skulptur*, Mainz am Rhein, pp. 25-35.
- VIDAL ÁLVAREZ, S., 1999, "El grupo de escultura de época visigoda de Casa de Pilatos, Sevilla. Estudio preliminar", *AnMurcia* 15, pp. 99-119.
- VIZCAÍNO SÁNCHEZ, J., 2004, "Del Alto Imperio a la Antigüedad Tardía: La evolución de la decoración arquitectónica en el Sureste hispano. El caso de la Basílica de Algezares (Murcia)", *La decoración arquitectónica en las ciudades romanas de Occidente (Cartagena, 2003)*, Murcia, pp. 571-578.